

EL DISCURSO DEL SR. MORET

El único suceso político de verdadera importancia en el momento actual es el discurso pronunciado en Valladolid por el ilustre jefe de los liberales.

Hace ya mucho tiempo que viene hablándose de ese acto transcendental; en torno suyo se han hecho toda clase de hipótesis, hasta las más infundadas; los enemigos del partido liberal habían dejado vagar la imaginación anunciando cuanto les ha venido en gana, para sembrar ó la zizaña ó el desaliento, pero todo ha sido inútil.

El Sr. Moret, como corresponde a un hombre de su altura política, de su cultura extraordinaria, de su clarividencia en los problemas de la vida nacional, ha demostrado que sigue donde se colocó en su discurso de Zaragoza, que está al frente de las fuerzas vivas amantes de la libertad, del progreso, de la europeización de España; el discurso ha sellado la alianza liberal, cuando algunos esperaban que fuese la ruptura.

La importancia grande de este discurso nos mueve a reproducirlo íntegro; a continuación lo puede ver el lector, tomado de las cuartillas taquígráficas que desde Valladolid nos envía nuestro redactor Sr. Suárez.

Señores: Son mis primeras palabras de profundo agradecimiento: hace pocos días, correligionarios de Valladolid dieron a la que yo podía amar más en el mundo una muestra de consideración profunda; hoy se la daís al vivo, como ayer se la daís a la muerte. (Grandes aplausos. El Sr. Moret pronuncia estas palabras visiblemente emocionado.)

Pago este tributo de gratitud, que se debe de parte de mí a la memoria de mi alma, voy a entrar directamente en la materia, voy a decirlos el objeto de esta reunión y la razón de mi presencia en este sitio, y a una de aquellos de los ilustres hombres públicos que aquí están, pidiéndoles que no deis a este momento y a esta reunión aquella importancia que pudiera deducirse de las palabras de mi ilustre amigo que hoy nos preside; porque en la vida de los pueblos, todos los momentos en los cuales se reúnen sus pensadores y se dirigen a las masas son todos importantes, y si en la actualidad, por circunstancias de aquellas que han venido acumulándose en los últimos tres meses, pudiera esta reunión aparecer como de mayor importancia, pronto los acontecimientos demostrarán que todos los días y a toda hora, en la lucha que hemos emprendido y en el camino que vamos a seguir, será preciso que se reúnan los hombres que piensan y las masas que hemos de levantar, y que, reunidos constantemente, recorran el camino en los difíciles momentos por que yo os aseguro que vamos a pasar. (Aplausos.)

Por eso, más que a la brillantez de la palabra y a los conceptos sonoros, he de someter esta tarde, si fuera posible, a la rítmica frialdad de las reflexiones, todo aquello que necesito decir. Pero yo comprendo bien, señores, que no en balde se ha reunido tanta gente y no en balde vibran al unísono en un pensamiento común y forzoso, y por ello será en mí un deber, sobre todo en algunos momentos, poner todo aquello que dentro de mí quede de energía y de calor para afirmar mis ideas y para procurar transmitir las a vosotros.

La iniciativa de Zaragoza.—La alianza liberal.

Yo vengo aquí, señores, a dar una respuesta. Hace poco más de tres meses me levanté en Zaragoza, y allí, delante exclusivamente de los liberales de la capital de Aragón, dije lo que tenía dentro del alma. A diferencia de lo que ha sido su poder en las combinaciones de la política, yo no preparé un programa consultando a mis amigos ni buscando la cooperación de otros elementos. Me pareció que en aquellas circunstancias eso hubiera sido imposible, y, dada la responsabilidad que sobre mí pesaba, entendí que lo único que podía hacer era decir aquello que me consideraba que era justo, y preguntar al país, a los liberales primero, a todos después, si creían que eso bastaba para reunirse y formar un programa político capaz de vencer a nuestros adversarios, cada día más poderosos. Y entonces, después de exponer ideas a las que ya vendrá el momento de aludir en el curso de estas reflexiones, me dirigí, primero, a los míos, a los liberales; después, a aquellos que como yo consideraba, a los demócratas; después, a los afines de ambos grupos, a los republicanos; y, al fin, a todos los elementos de la izquierda, con ellos muy especialmente a la juventud, y les dije: he aquí lo que yo creo de la situación presente. ¿Pensáis vosotros coadyuvar? Y como la respuesta había de darse en público, lo mismo que se hacía la pregunta, por todas partes en España se han convocado y reunido meetings.

Ellos han asistido los hombres más esclarecidos de este siglo, y a la cual yo saludo con profunda alegría, porque si dudabais de que la juventud pudiera aprovechar sus grandes cualidades y comunicarnos su vida y su savia cuando andábamos dispersa (que no tiene nada de extraño, porque hasta los hombres políticos lo estábamos), al ver que sigue este movimiento, conservo todo el espíritu, sobre el cual juventud es como la estatua, porque ella es la nueva generación, en la cual se han de realizar todas las aspiraciones y todos los pensamientos.

En esos meetings he recibido respuestas constantes. Por eso al tocarme hoy a mí vez responder a aquellos ofrecimientos, a aquellas cooperaciones que se brindaron a mi idea, he rogado a estos ilustres amigos que se tomaran la molestia de venir a escucharme, porque si no les decía yo directamente las cosas, me parecía que el eco de

mi voz, aun mandado por conducto de la Prensa, no era lo mismo que escuchar la contestación en mis propias palabras, pero que respondan a los latidos de mi corazón. (Aplausos.)

Después de agradecerles profundamente ese acto de deferencia, ahora digo solemnemente, delante de vosotros, castellanos: yo he tendido la mano, a ella se me ha contestado tendiendo otra, yo la estrecho, y cuando la tengo así reunida, yo digo, poniendo la otra mano sobre mi corazón, que lo que hago en este momento es sellar definitivamente la alianza liberal pedida por mí en Zaragoza. (Grandes aplausos.)

Los meetings de propaganda.

Si digo esto, inmediatamente saltará a vuestro espíritu que los sucesos que han ocurrido en estos tres meses son sucesos que exigen el que nos hagamos cargo de ellos; porque desde el momento en el cual para la lucha y para la aspiración común somos uno, desde ese momento, y por mi parte contraigo la obligación de defender y de ayudar a aquellos que están conmigo y hacer más las responsabilidades en que ellos hubieran podido incurrir. (Muy bien, muy bien.)

Y no olvidaré que por algo estamos en un país que debe vivir de las libertades democráticas. Las reuniones nuestras, los meetings celebrados, han dado lugar a merecer toda clase de comentarios. Por palabras sueltas, por frases aisladas, sin leerlas en su conjunto, sin escucharlas en su correlación, buscando, por decirlo así, los enemigos la manera por la cual pudieran poner mal a unos con otros, a otros con los demás, a todos con las instituciones, de suerte que se crease una dificultad, ha habido una crítica constante y ha habido una explotación, venga la palabra, de cualquiera de los más pequeños, de los más indiferentes dichos y asertos de los discursos pronunciados.

Y es extraño, porque estas reuniones las he en nuestro país de todas clases, y a nadie llama la atención que se proclamen las teorías del amor libre y de la disolución de la familia y de la propiedad, cuando esto se hace en ciertos meetings de los socialistas; a nadie llama la atención que los carlistas se reúnan una tarde al pie del Palacio Real y brindasen por «su señor» de delante de la casa en la cual se alberga la Monarquía que representa el triunfo de la independencia. (Aplausos.)

Si, como he dicho, me preguntan en las cuales las ideas antiguas parecen que quieren resucitar, volverse a reunir para presentarse ante nosotros; y no hay para qué repetir que en muchas partes se han dicho también, en reuniones públicas, conceptos que nos agravan, no ya como liberales, sino como españoles, porque creímos ver en ellos algo que ofendía a España. Pero sobre eso no se ha suscitado, sobre eso no ha habido observación alguna, que ha ocurrido con nosotros, éramos aquellos que veníamos buscando una inteligencia; pero como lo que nosotros hacemos va a herir, está hiriendo ya, una porción de sentimientos y cantidad de intereses sobre todo, de ahí que hubiese empeño grande en crear alrededor nuestro atmósfera que pudiera ocultar el verdadero sentido de aquello que se venía realizando en esa concordia, que hoy me toca a mí proclamar.

Si, en el polvo no se veían pasar las figuras; a mí me toca ahora, en este momento, en el cual vengo a resumir la labor de estos días, recordar que lo que esos meetings han significado ha sido precisamente una obra magna, de la cual vosotros mismos quizás no os habréis dado cuenta, por no haberlos fijado; pero es una organización política con el fin de mantener la unidad y la concordia entre todos los elementos de las fracciones liberales, sobre la base de las manifestaciones hechas por el Sr. Moret en su discurso pronunciado el día 18 de Noviembre en Zaragoza, porque después de esta primera base de unión en el propósito se pretende ensanchar la red y fijar bien en ella lo que tiene de orgánico. Es decir, la red general, la inteligencia, el centeño, el auxilio, la defensa, el apoyo.

Queremos ser, queremos vivir; de ninguna manera nos contentamos con algo que se aislado, sino con algo que represente a la vida central todo este movimiento; queremos que, como la red telefónica, con un movimiento de la manivela pueda producirse la chispa que vaya por todas partes, comunicándose, si es necesario, la protesta a la inteligencia, hacia aquellos hombres de la sociedad española esparcidos por el suelo patrio. (Aplausos.)

Pero es, señores, que parece que aquí se han olvidado las nociones de la libertad, que allá en los años 1868 y 69 creímos ya establecida para siempre en España; es que en todas partes del mundo en los meetings se manifiesta dentro del pensamiento general, una porción de opiniones completamente distintas, diversas, separadas; y esa es su virtud, en eso consiste su esencia, porque ¿qué es lo que sucede en esta reunión—no en ésta, en que habla uno solo, por la razón dicha—; pero qué sucede en casi todas las reuniones? Que lo que se manifiesta es el alma nacional, que, hablando por boca de todos los que tienen afinidad en las ideas, pero educación diversa, temperamento distinto, naturalmente, va saliendo a la superficie y recorriendo en el espacio, con las diversas maneras de sentir de todos aquellos que se encuentran delante de difíciles problemas.

Unas veces obedecen al ejemplo, otras a prejuicios, muchas veces a preocupaciones que asaltan a aquellos que han tenido que sufrir por una causa; pero todos ellos realizan una grande educación: porque se educa el que oye, se educa el que habla; porque se conocen todos estos aspectos, porque se llaman, porque los ángulos se van puliendo poco a poco, y en esa vida del meeting, vale más las manifestaciones de cada orador, porque se comprende el estado del alma de la nación española, que en los estudiados discursos, que podrían enseñarnos una porción de cosas; pero que harían que algunas no salieran a la superficie.

Las agrupaciones de los reaccionarios.

Se ha hecho una grande propaganda en

contra nuestra, se ha hecho la acusación de haber invocado yo la alianza de los republicanos siendo un monárquico, y esa acusación se hará ahora también a todos mis amigos, porque deseamos ardientemente la cooperación de los que defienden con nosotros la idea de la Libertad. De esa acusación necesito yo, señores, hacerme cargo, asumiendo para mí toda responsabilidad; pero ¿por qué? ¿Qué razón habría para considerar que puede haber algo errático, censurable—no digamos otra palabra—en que elementos que coinciden en las ideas fundamentales de la Libertad y de la sociedad en que vivimos se asocien, cuando, sin embargo, están divorciados en una sola cuestión: en la cuestión de la forma de gobierno?

Lo que hay que hacer sobre este punto es tener una precisión y una claridad; por lo que yo he propuesto ha sido que aplacemos—que aplazada está de hecho—, pero que aplacemos de la voluntad la cuestión de la forma de gobierno, y los republicanos han respondido: «No abdicamos de ninguna de nuestras ideas, pero nos asociamos para la obra común».

En las derechas hemos encontrado una porción de elementos de todo género que es de lo más extraño que puede darse: porque el carlista es un antimonárquico, aunque sea monárquico, mientras que el integrista es enemigo de la Monarquía, puesto que cree en la autoridad del Pontífice y en lo que la Corte de Roma tenga y decida como mejor.

Y cuando, después de la Revolución de 1868, nosotros conservamos como el credo de todas las libertades los derechos individuales, y cuando queremos marchar por todas partes y se va amontonando el lastre en uno de los platillos de la balanza, y el platillo, naturalmente, cae, ¿quién será aquel que tenga tan poco amor a la Libertad que no se vuelva a aquellos que con él estuvieron aquellos días, que no les llame al socorro, que no les grite al peligro y que enfrente de esa masa negra de las derechas no opongan la luz vivísima que, cual la de un faro, a todos ilumina? (Grandes aplausos.)

Se puede, además, señores, proceder de otra manera en el mundo? No hablaré yo de España; no, no hablaré, porque parecería empujarse la cuestión, de los elementos que componen la mayoría y las fuerzas que con las de la mayoría tienen hoy la dirección de la vida pública española; pero ¿de qué se compone el partido liberal italiano? ¿De qué se compone el partido liberal alemán? (No hablamos de Alemania, porque el régimen alemán no es idéntico; pero la pregunta es igual, y la contestación sería la misma.) Pues señores, los antiguos partidos tenían un molde estrecho, que se ha roto. En Inglaterra, había los *liberals* y los *whigs*, que los conservadores y liberales en la manera de considerar las dos grandes agrupaciones gobernantes. Los antiguos credos, los antiguos programas, no solucionan nada.

Partidos y agrupaciones políticas.

Cuando hemos visto un Ministerio liberal en Inglaterra, hemos preguntado: ¿de quiénes está compuesto? y hemos preguntado también: ¿quiénes son los elementos que lo han formado? Su inmensa mayoría la hallaréis en el partido socialista; en los irlandeses, que piden la autonomía; en los escoceses, que piden la autonomía; en los confederados, que no quieren reconocer cierta supremacía, y luego otra porción de elementos sueltos, por ejemplo, en las cuestiones agrarias; pero todos esos, formando una masa para conseguir un objeto general: implantar, dentro de las formas de la Libertad, cada una de las aspiraciones que tienen en el instante; de aumentar y no de pararse; y de esa misma manera, y de esa manera consiste realizar las grandes reformas que está tocando hoy la nación británica.

En Italia, son los grupos, no los partidos.

Los grupos contribuyeron a la Revolución y a formar la unidad italiana; y ¿por qué no volver la vista, con un poco de envidia y cierta admiración, hacia aquellos hermanos nuestros de la raza latina que se llaman el pueblo italiano? Cuando Víctor Manuel decidió la unidad de Italia, cuando la gran inteligencia del conde de Cavour llamó a todos los elementos de aquella sociedad para coadyuvar a la obra, también había allí republicanos, republicanos que fueron luego garibaldinos, gentes que no admitían la Monarquía, pero que querían la unidad nacional, y cuando vieron al Rey caballero batirse, y Cavour dominar con profunda habilidad las inmensas dificultades de la cuestión internacional e interior, y cuando Garibaldi había ido a Marsala, entonces, cuando llegó el momento supremo y hubo que sellar la unidad entrando en la capital, en Roma, todos se unieron, y Crispió fue el primer ministro, dos veces, del Rey Humberto y del Rey Víctor Manuel.

También Crispió había sido garibaldino con Giolitti; pero delante de la patria, de la santa unidad, de la defensa del territorio, desaparecieron todas las formas que eran un poco bizantinas y vinieron a unirse todos aquellos en una aspiración. Y ahí tendéis a Italia, que ha llegado a ser primera nación, tan sólida hoy, tan fuerte, tan dueña del porvenir, que ha pasado a competir con aquellas que parecían tener el dominio y hegemonía de Europa. (Aplausos.)

Se me olvidaba otro ejemplo interesantísimo: Hungría, con la revolución de 1848, la guerra civil sangrienta, su lucha tremenda con Austria, su deseo de independencia, los hombres que fueron fusilados, los otros que marcharon al destierro. Y después de todo eso, que parecía que había establecido algo irracional y algo que no podría reunirse después de los desastres de Austria, la independencia de Hungría fue una necesidad política.

Y ocurre con esto lo que con muchas cosas de la vida: que, cuando las vemos de lejos, nos admiramos, y cuando las queremos hacer en nuestro país, sorprenden y llaman la atención.

¿Es que acaso en nuestra patria Ríver

no fue un gran republicano? No, lo fue

ilustre Martos? Todos estos hombres, ¿no ayudaron a los monárquicos en diferentes momentos y se decidieron a ser algunos, mientras otros creían que no había llegado la ocasión oportuna de hacerlo?

La concepción liberal.

Y ahora, ¿qué momento podría haber, y os lo pregunto, en que fuera más legítimo este apoyo, esta colaboración que nosotros pedimos? ¿Podría el partido liberal, solo, hacer lo que pretende? El partido liberal, y aun unido con los demócratas, si no encontraban el apoyo de la masa, no; porque enfrente de nosotros tenemos, señores, todo aquello que puede considerarse como un elemento de tal fuerza, que hace la lucha muy difícil.

Y si nosotros, atendiendo tan sólo a esas circunstancias, los unos no tomamos la iniciativa y los otros no responden a ella, ahí, entonces estamos de antemano vencidos y es inútil que cantemos a la Libertad si por no saberla amar bastante no sabemos reunirnos para defenderla. (Grandes aplausos.)

Lo único que he propuesto es una tregua, y esa tregua me ha sido plenamente concedida; después cada uno verá en todo momento su posición, sus compromisos y la voluntad del pueblo se manifieste con toda serenidad en los comicios, sin acudir al argumento de que porque falte alguna pieza la máquina no debe echar a andar. Hagamos cada uno lo que sea menester, que lo otro vendrá por sí solo: porque al que ama la justicia, está visto que todo lo demás le será dado con exceso.

Este modo de ser, el haber acudido yo a Zaragoza para exponer mi pensamiento, el haber dicho francamente a nuestros adversarios, como se lo diré ahora, que vamos contra ellos; el ponerme en contacto con vosotros, es cosa que, tras de dar gran educación al pueblo, acusa dignidad y seriedad en los que estamos al frente de la vida pública. He aquí por qué éste es el camino que yo recomendaré al partido liberal, y la única manera como él quiere llegar al Poder. Y cuando así llegue, cuando haya formado opinión, cuando sepan nuestros adversarios a lo que viene y los compromisos contraídos, entonces, señores, se podrá gobernar con fuerza, entonces se podrá realizar todo lo ofrecido. Pero entretanto, entretanto, no; porque ¿en qué se apoyaría si le faltase esa base, y cuál no sería, de otro modo, su responsabilidad, ya que la Corona, para vivir constitucionalmente, no debe tener ninguna parte que ella se inscriba, y siendo inaccesible, debe estar exenta de las pasiones, de los compromisos y de las concupiscencias de los hombres?

Este movimiento que hemos iniciado en Zaragoza, y que esta noche (y pido a Dios acierto en mis palabras) viene ya a cristalizarse y a concretarse de manera que podrá empezar segunda etapa, este movimiento, señores, despertó inmediatamente contra nosotros una gran enemistad. Por todas partes pululan nuestros enemigos; enemigos duros, y no adversarios, pues que los adversarios tienen siempre un terreno común, y cuando concluyen la lucha, aun en los duelos sangrientos, se dan la mano. Los enemigos aspiran a destruir a aquellos a quienes combaten, a aquellos a quienes declaran incompatibles, y a nosotros, señores, nos han declarado incompatibles desde el primer momento con muchas cosas y personas.

En los meetings anteriores se ha hablado de ciertas actitudes tomadas, no sólo por ciertos elementos laicos, sino por ciertos elementos eclesiásticos, por prelados muy dignos y respetables de la Iglesia española, contra este movimiento de la alianza liberal.

Y, en esta segunda fórmula que he anunciado es la de decir que nosotros somos antirreligiosos, que somos enemigos de la religión.

Antirreligiosos? ¿Enemigos de la religión? ¿Por qué? ¿A qué dogma atacamos? ¿A qué cánones siquiera, ni a qué disciplina de la Iglesia? ¿Qué es lo que nosotros pedimos?

¡Ah, señores! Vamos a decir sobre esto todo lo que sea necesario, a fin de que no quede la menor sombra de duda.

La cuestión clerical.

He aquí nuestra fórmula: cuando los fariseos querían perder a Cristo, al que achacaban una predicación contraria a sus egoístas intereses y a sus deseos, buscando la manera de entregarse al Tribunal, le presentaron una moneda, esperando que dijera que no se debía pagar el tributo. Jesucristo cogió la moneda—según el Evangelio—, y señalando la efigie del Emperador en ella grabada, dijo, devolviéndola a los fariseos: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». En esas sublimes palabras, salidas de sus labios, trazó la separación de lo material y lo espiritual.

Pues nosotros venimos a pedir eso. Queremos dar al César lo que es del César, empezando por sacar de una parte del clero lo que corresponden al César, que es el Estado. Pedimos todo aquello que le corresponde en las relaciones de la vida, en el matrimonio, en el Registro civil, tanto en lo relativo al nacimiento como a la muerte; que en la vida que nada tiene que ver con la autoridad eclesiástica, corresponda única y exclusivamente al Estado.

Si esto sucediera, aparecerían en seguida una porción de cosas contrarias a las que están pasando.

Ha habido, señores, en nuestro país un período al cual creo yo que no hemos dedicado todavía bastante atención, que sólo lo hemos conocido a la larga con exceso, como sucede con las enfermedades cuando no se acude a tiempo para curarlas, y es que el mal no tiene remedio.

Este período ha sido la invasión de las Ordenes religiosas después de la expulsión de Francia; y entonces ha habido un momento en el cual nos hemos encontrado con, con la Libertad y con las formas exteriores de la Libertad, la acción del Estado porque el Estado no tiene mas que formas externas, no tiene formas interiores; el Estado no manda la conciencia, no manda la voluntad, no predica, no confiesa, no ab-

con cortesanías, perdiendo además la noción de sus deberes. (Muy bien.)

Y ésta, señores, es la cuestión del equilibrio de la vida de los pueblos. Vosotros no lo habéis visto; yo sí, y es una de las pocas ventajas de los años que han pasado. Yo he visto, señores, el reinado de D. Isabel II, que murió, como sabéis, en el estruendo, olvidada, perdonada, compadecida, y he visto a todos esos ministros responsables, enebriados de glorias y de honores, disfrutar de la vida y morir tranquilamente en su patria, cuando ellos eran los que habían abusado de los defectos de aquella, ellos los verdaderamente responsables.

Pensad, pues, en estas cosas, que dichas así, estumadas en el tiempo, comprendo que os agradarán, porque las contempláis en síntesis, y veréis que las responsabilidades de esta manera: viniendo ante el país, oyendo sus latidos, apreciando sus necesidades y procurando mañana cumplir todos los compromisos que han contraído, sabiendo además que sobre ellos ha de caer el estigma cuando dejen de cumplirlos sin motivo alguno. (Grandes aplausos.)

A esto he de añadir un buen sistema electoral, del que nos da digno ejemplo Inglaterra, haciendo todo lo posible por que la voluntad del pueblo se manifieste con toda serenidad en los comicios, sin acudir al argumento de que porque falte alguna pieza la máquina no debe echar a andar. Hagamos cada uno lo que sea menester, que lo otro vendrá por sí solo: porque al que ama la justicia, está visto que todo lo demás le será dado con exceso.

Este modo de ser, el haber acudido yo a Zaragoza para exponer mi pensamiento, el haber dicho francamente a nuestros adversarios, como se lo diré ahora, que vamos contra ellos; el ponerme en contacto con vosotros, es cosa que, tras de dar gran educación al pueblo, acusa dignidad y seriedad en los que estamos al frente de la vida pública. He aquí por qué éste es el camino que yo recomendaré al partido liberal, y la única manera como él quiere llegar al Poder. Y cuando así llegue, cuando haya formado opinión, cuando sepan nuestros adversarios a lo que viene y los compromisos contraídos, entonces, señores, se podrá gobernar con fuerza, entonces se podrá realizar todo lo ofrecido. Pero entretanto, entretanto, no; porque ¿en qué se apoyaría si le faltase esa base, y cuál no sería, de otro modo, su responsabilidad, ya que la Corona, para vivir constitucionalmente, no debe tener ninguna parte que ella se inscriba, y siendo inaccesible, debe estar exenta de las pasiones, de los compromisos y de las concupiscencias de los hombres?

Este movimiento que hemos iniciado en Zaragoza, y que esta noche (y pido a Dios acierto en mis palabras) viene ya a cristalizarse y a concretarse de manera que podrá empezar segunda etapa, este movimiento, señores, despertó inmediatamente contra nosotros una gran enemistad. Por todas partes pululan nuestros enemigos; enemigos duros, y no adversarios, pues que los adversarios tienen siempre un terreno común, y cuando concluyen la lucha, aun en los duelos sangrientos, se dan la mano. Los enemigos aspiran a destruir a aquellos a quienes combaten, a aquellos a quienes declaran incompatibles, y a nosotros, señores, nos han declarado incompatibles desde el primer momento con muchas cosas y personas.

En los meetings anteriores se ha hablado de ciertas actitudes tomadas, no sólo por ciertos elementos laicos, sino por ciertos elementos eclesiásticos, por prelados muy dignos y respetables de la Iglesia española, contra este movimiento de la alianza liberal.

Y, en esta segunda fórmula que he anunciado es la de decir que nosotros somos antirreligiosos, que somos enemigos de la religión.

Antirreligiosos? ¿Enemigos de la religión? ¿Por qué? ¿A qué dogma atacamos? ¿A qué cánones siquiera, ni a qué disciplina de la Iglesia? ¿Qué es lo que nosotros pedimos?

¡Ah, señores! Vamos a decir sobre esto todo lo que sea necesario, a fin de que no quede la menor sombra de duda.

La cuestión clerical.

He aquí nuestra fórmula: cuando los fariseos querían perder a Cristo, al que achacaban una predicación contraria a sus egoístas intereses y a sus deseos, buscando la manera de entregarse al Tribunal, le presentaron una moneda, esperando que dijera que no se debía pagar el tributo. Jesucristo cogió la moneda—según el Evangelio—, y señalando la efigie del Emperador en ella grabada, dijo, devolviéndola a los fariseos: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». En esas sublimes palabras, salidas de sus labios, trazó la separación de lo material y lo espiritual.

Pues nosotros venimos a pedir eso. Queremos dar al César lo que es del César, empezando por sacar de una parte del clero lo que corresponden al César, que es el Estado. Pedimos todo aquello que le corresponde en las relaciones de la vida, en el matrimonio, en el Registro civil, tanto en lo relativo al nacimiento como a la muerte; que en la vida que nada tiene que ver con la autoridad eclesiástica, corresponda única y exclusivamente al Estado.

Si esto sucediera, aparecerían en seguida una porción de cosas contrarias a las que están pasando.

Ha habido, señores, en nuestro país un período al cual creo yo que no hemos dedicado todavía bastante atención, que sólo lo hemos conocido a la larga con exceso, como sucede con las enfermedades cuando no se acude a tiempo para curarlas, y es que el mal no tiene remedio.

Este período ha sido la invasión de las Ordenes religiosas después de la expulsión de Francia; y entonces ha habido un momento en el cual nos hemos encontrado con, con la Libertad y con las formas exteriores de la Libertad, la acción del Estado porque el Estado no tiene mas que formas externas, no tiene formas interiores; el Estado no manda la conciencia, no manda la voluntad, no predica, no confiesa, no ab-

suelve: el Estado no tiene mas que las apariencias exteriores. Pero en cambio dentro de esas formas puede haber una influencia constante, en la cual, poco a poco, van desapareciendo todas las otras influencias; porque ¡ah, señores, si pudiera daros la estadística (y no sería difícil, pero sería completa), la estadística de los sermones que se predicaban contra nosotros en todas partes!

Aquí han venido ahora de las provincias amigos míos que os dirán que tres veces en la semana se dedican en esta forma a hablar mal de nosotros con motivo de esta alianza liberal, y pedir que continúen las cosas en el estado en que se encuentran.

Estas Ordenes religiosas van desarrollándose por todos lados, y por algo hubo una guerra civil y unos desastres tremendos y toda clase de crueldades que sufrieron las generaciones de nuestros mayores para dejar reducidas a tres las Comunidades para varones.

Pero ésta es una cuestión tan grave que me obliga a presentar las cosas tal como yo las entiendo; no el político, sino el jurídico, el hombre civil, el hombre social.

Parece algo de broma que los artículos del Concordato, y, sin embargo, vais a ver las consecuencias de por qué lo leo.

Dice el artículo 29 del Concordato. «A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de ministros y operarios evangélicos de quienes puedan valerse los prelados para hacer misiones en los pueblos de su diócesis, auxiliar a los párrocos, asistir a los enfermos y para otras raras, asistir a la utilidad pública, el Gobierno de Su Majestad, que se propone mejorar oportunamente los Colegios de misioneros para Ultramar, tomará desde luego las disposiciones convenientes para que se establezcan donde sea necesario, oyendo previamente a los prelados diocesanos, casas y Congregaciones religiosas de San Vicente de Paul, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas, y aun la Santa Sede, las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para los eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros usos pios».

¿Os habéis fijado bien en las palabras? Los obispos, los párrocos, la función de auxiliares, la misión de servir la función parroquial; esto es, que el clero secular, todo él, es el que está organizado dentro de las condiciones de nuestra vida; y si deba ser en relaciones con el Estado, y ellos son los que pueden determinar y los que pueden fijar dentro de este límite, establecido en el art. 29, quiénes han de venir a ayudarles en sus funciones de cura de almas y asistencia de enfermos.

¿En qué se parece esto a lo que tenemos nosotros? ¿En qué se parecen los pobres párrocos que no tienen para sostenerse, y en que se parece la subsistencia de las parroquias rurales, y aun a las ciudades, de esas Ordenes religiosas independientes, ricas, poderosas, que construyen iglesias, que celebran funciones cívicas, mientras que el pobre sacerdote marcha a pie, con el frío y con el agua para cumplir su misión, faltándole todo a su lado, hasta la protección del Estado, y viendo otra cosa que se llama el culto de las Ordenes religiosas, que lo acaparan todo, hasta las industrias y cuanto significa la vida parroquial? (Aplausos.)

Aquí estamos tres que pertenecemos al Gabinete del Sr. Sagasta cuando aquel ilustre hombre público emprendió la tarea de disminuir las Ordenes religiosas. Nos encontramos entonces con una estadística, y casi vacilamos en publicarla, por su extraordinario número. Esto no lo permite el Concordato; pero ¡qué resistencia hubo, qué de dificultades se crearon entonces! De aquí que en algunas cuestiones de nuevo planteadas; pero lo están con mayores dificultades, sin que tengan obstáculos superiores que vencer porque han adelantado muchísimo camino, y nosotros, los que queremos poner esta sociedad civil a la altura y en el estado en que se encuentran otros países, tenemos que luchar contra todo género de circunstancias, que no aparecen en ninguna parte, pero que están en todos lados.

¡Si uno pudiera contar su historia! ¡Si yo contara mi historia porque la creyera digna de trascalar a vuestros oídos! Resumidamente vuestra indignación no se traduciría en aplausos, sino en maldiciones.

El señor obispo de Ciudad Real (aquí está su carta, la he leído con profundo interés) un hombre dignísimo, ilustrado, nos dice que todo esto de Zaragoza y otros meetings, lo que yo pueda decir, lo que han dicho Melquíades Álvarez, Canalejas y otros, no significa absolutamente sino la guerra a la religión. Porque ¿qué es el obispo? «La libertad de entosis». Ya se permite la construcción de capillas. ¡El matrimonio civil!... Ya hay una ley de matrimonio civil, por la cual se puede casar solamente por el Registro civil aquel que lo quiera así. ¡La cuestión de cementerios!... Ya hay de todo, según las necesidades. Por consiguiente, ¿a qué vienen estos señores? Estos señores traen algo semejante a lo que traían los políticos franceses. Y en una larga serie de citas, nos compara con Viviani, con Rouvier, con Cambes y otra porción de hombres de los que en Francia han seguido una guerra cruel, decidida, contra todo lo que fuese la religión.

¡Ah, señores! Yo no quiero que mis amigos ni yo aparezcamos en nuestros hogares, en nuestras casas de esta manera; pero no voy a refutar ese argumento, voy a decir una cosa: nosotros no partimos del fondo de donde ha partido esa Revolución francesa, y si allí se llegó a esas exageraciones fué precisamente por la intolerancia y el fanatismo, revelados con más fuerza después de la muerte de León XIII, esa figura colosal, cuyas palabras expresadas en sus Encíclicas serán por mucho tiempo la estrella polar que guíe la dirección de la Humanidad; y León XIII se dirigió a los católicos franceses y les dijo: «Reconoced al Gobierno republicano». «Dad a Dios lo que es de Dios, y a Dios lo que es de Dios». Los católicos franceses desoyeron al Papa, y cuando acudieron a él para pedir

Se ha hecho una grande propaganda en el Ayuntamiento de Madrid

que sostuviera la antigua Monarquía absoluta, León XIII dijo aquellas sublimes frases: «La religión católica no se ha abrogado nunca más que a un cadáver, al cadáver de Cristo crucificado allá en el Calvario. Todas las demás cosas las considera muertas, porque no quiero sino vivir en paz y en unión con todos los medios de cohesión; y, naturalmente, por el espíritu de defensa, se ha llegado a ese último extremo; ¡por eso, por no haber sido religiosos, son desgraciados! (Grandes aplausos.)»

La doctrina liberal en cuestiones religiosas.

«De dónde partimos nosotros? ¿De quién venimos? ¿Con quién vamos? ¡Ah, señores! Yo no acabaría nunca de decir lo que ahora voy sencillamente a esbozar. Yo quería tener las fuerzas que otro tiempo tenía, allá en mi juventud, para desenvolver todos estos temas. Uno desearía el Zaragoza. Nosotros venimos del punto de partida de reconquistar lo que tenemos con el Concordato del 51, con la Constitución del 69, cosas que han desaparecido casi por completo, que llevan trazas de perderse, de no volver a nuestras manos; y para eso, a quienes invocamos nosotros es a los más grandes genios del catolicismo moderno, a Lavergne, a Gibbons, a Magni, a León XIII; invocamos a todo ese catolicismo liberal, admirable proselita; a aquel que está haciendo el proselitismo, en el mundo social, a aquel que admite libertad, paz, ciencia, desobediencia... todo eso lo anhela la religión católica, todo eso es lo que quiere; el pasado, la costumbre... todo eso le estorba; adelante más haciendo que la vida cambie, porque cuanto más grande es la vida, más grande es también la religión.

Y voy a decir en apoyo de estas palabras que están afluyendo a mi memoria algún texto en pro de mi tesis, algo que es una gloria de la Humanidad y de los sentimientos religiosos. Permisito. Cuando el señor obispo de Ciudad Real nos echó, señor excomulgado; cuando otros señores obispos quieren que hagamos profesión de fe y convirtamos las plazas públicas en Concellos; cuando de esta manera halla uno cosas que le parecen que son completamente incompatibles con la dignidad de la prelación, recuerdo lo que León XIII escribía al obispo de Grenoble, en los últimos momentos de su vida. Es a saber: «Os los católicos deben luchar por la verdad y la justicia, y doquiera les sea posible, asociándose para ello a los hombres de rectitud y de honradez, aun cuando estén fuera de la Iglesia. Por lo que si la Iglesia toca, yo hago por todas partes lo posible, desafiando a los obispos hacer lo mismo, siempre que las circunstancias lo permitan». O León XIII no era escuchado, ni digno de serlo, o el señor obispo de Ciudad Real no nos cree a nosotros rectos en los juicios y estima que no podemos asociarnos a ninguna persona de la Iglesia católica para hacer el bien y la virtud, para mejorar la condición de las clases españolas.

Cuando se celebró una gran Exposición en Chicago, entonces, señores—ya lo han dicho elocuentes oradores—, los Estados Unidos iniciaron aquella gran obra con la plegaria dicha por los jefes de todas las religiones del mundo. En nombre de la católica habló el cardenal Gibbons, y después de dar gracias a Dios por haber permitido a Colombia descubrir América, comparó el país con el patriarca de la Biblia que pudo ver a lo lejos la tierra prometida, dijo que el pueblo de los Estados Unidos debía profunda gratitud a la Providencia, que le había deparado la suerte de reunir en su seno a los representantes de todas las religiones; y añadió: «Pero no es, Señor, tan sólo por esta herencia terrenal por lo que queremos daros las gracias. Lo deseamos aún más por el beneficio precioso de la libertad constitucional, que poseemos; porque este sueldo tan fértil sería para nosotros un desierto árido y seco si no estuviera fecundado por el rocío de la Libertad. Por eso os pedimos humildemente que continuéis bendiciendo nuestro país y nuestras instituciones, tan queridas, prometiendo solemnemente esta día, ante esta vasta Asamblea y en nombre de nuestros conculadanos, con la fuerza de toda nuestra energía a preservar este legado inextinguible de toda siteración y a transmitirlo como herencia preciosa a las generaciones futuras».

He aquí definido por monseñor Sotillo, el criterio religioso. Oid, porque más que esto no podré citarse esta noche. Monseñor Sotillo, en un momento solemne, aconsejaba a los católicos americanos: «Marchad resueltamente por el camino del progreso, llevando en una mano el Código de las virtudes cristianas, el Evangelio de Cristo, y en la otra la Constitución de los Estados Unidos» (Grandes aplausos).

Es decir, la Constitución a la gran gloria de la independencia de los cultos, del respeto de las creencias, del derecho absoluto individual; y todo esto bajo la protección de la ley, en medio de la instrucción pública más grande, más libre, más prolongada, más colosal y más desarrollada que se ha conocido! (Grandes aplausos.)

Sea éste, señores, nuestro punto de partida, nuestra filiación y nuestra compañía.

Ejemplos prácticos.

Todavía me habéis de permitir que os cite algo de estos días, casi de estas horas. El descanso dominical en Inglaterra ha entrado desde hace algún tiempo, en un período de decadencia, y ha creído la gente penetrada y religiosa que el descanso dominical, propio no sólo de la substancia física, sino también de la moral, debía estilizarse; y han hecho esfuerzos para volver sobre aquellos principios de la religión que el tumbor inglés que Montalembert cantaba con tan elocuentes palabras; y para conseguir este resultado, para realizar esta obra, han constituido una Liga Imperial, ó sea de todas las posesiones inglesas, cuya Liga está presidida, dirigida y firmada la convocatoria por el arzobispo Cantuar, por el arzobispo Vogan (católico), de la abadía de Westminster, y por Lidgett, en representación del grupo conformista de la Iglesia protestante. De modo que cuando han tratado de hacer una buena obra, entonces el consejo de León XIII se ha seguido; entonces los prelados, no sólo se han asociado a los diferentes sectas, sino que se han reunido con representantes de todos los cultos, porque Dios es el mismo para todos y adora (como sucedió en el congreso Eucarístico de Londres) se encuentran todos los beneficios. La montaña es siempre la misma; el Sol, también; pero así como el Sol, al salir al Oeste y otras al Este, la religión de Dios es la misma; varían las sombras de la montaña, pero las verdades fundamentales son eternas y permanentes. (Prolongados aplausos.)

¡Bastantes cosas desearía yo añadir en este orden de ideas, porque si es preciso, donde vamos a encontrarnos y donde es posible que la lucha se haga más enardecida; pero quiero también sobre este punto, aunque omite otros extremos, quiero pediros permiso para someteros una consideración final. Hemos invocado é

invocaremos el Concordato para defender estas doctrinas; no queremos la lucha religiosa; pero cuando se trate de cuestiones del Poder civil y concordadas no hay que hablar de pertenencia siempre a las autoridades civiles. Basamos, ante todo, la paz de las conciencias y la paz de los espíritus. Y si se me dice que con esta doctrina predicamos y con estas peticiones que formulamos venimos a perturbar lo que hoy existe, contestaré que no habrá paz en las conciencias mientras haya elementos que procuren impedir el desarrollo de la vida civil. Pero, por mi parte, hablo por lo que a mí se refiere, yo intentaré que todas estas cuestiones se resuelvan por la paz y se llegue a una inteligencia.

Yo espero que así lo entenderán aquellos que hoy nos arrojan poco menos que de la consideración de las gentes porque creen que vamos a atacarlos en sus privilegios. Yo debo decir una cosa: debo decir que hoy quisiera tener alguna influencia sobre ellos para pedirlo así; pero si llega un momento en que todos nuestros esfuerzos se malogran, entonces, señores, tendríamos que volvernos hacia vosotros y deciros que los caminos de la paz no se puede seguir; y el día que yo dijera eso, sería como si el torrente contenido rompiese de pronto el dique que lo sujetaba. (Grandes aplausos.)

Mientras no haya precisión de adoptar estas medidas, a mí lo que me toca en los últimos años de mi existencia es procurar por la paz y la concordia. Por consecuencia, si llega un día en que tenga que volverme hacia vosotros, será el día en que me faltará la confianza para seguir adelante, y entonces, señores, Dios dirá, porque es llegado el momento, que los hombres proceden con elevación de ideas. Queda, señores, todavía algo que decir. Yo, en Zaragoza, propuse antes de que fueran aprobadas mis ideas que yo reclamaba para mí la dirección y aplicación de las mismas, y hoy que las cristalizó, debo hacer la misma declaración. Yo lo justifico ante vuestros ojos, ante los amigos; yo soy de los que están dispuestos a luchar; luchar no me lo puedo impedir nadie. Yo no he buscado mi posición, me la habéis dado; pero una vez en ella, cualesquiera que sean las consecuencias, yo debo seguir adelante. (Grandes aplausos.) Yo tengo la razón de la vejez, la razón de la ancianidad, de los últimos treinta años, que vos otros conocéis, en la vida política española; pero estos todos los anteriores, desde 1850, yo he asistido a las grandes transformaciones de la sociedad, política, y yo he visto que, por desgracia, en nuestra patria, no es posible obtener ciertas ventajas sino por medio de la lucha y de la fuerza; y en esa lucha, a veces la impaciencia, el deseo de marchar pronto y rápidamente, la popularidad, que en muchos momentos embriaga, las dificultades de momento, todo eso, puede comprometer los éxitos, y yo, a fuerza de tener fe sobre mi cerebro y sobre mi corazón, deseo que no haya ningún momento en que se pueda comprometer la obra, y por eso pido la confianza en el modo de proceder, confianza que no puede ser por mucho tiempo, con la cual yo puedo estar seguro de prestar a mis ideas y a mis amigos el servicio más grande por medio de la alianza, con el esfuerzo de mi vida, para llegar al final de mi camino. (Grandes aplausos.)

Por los liberales de toda España.

Ahora, las últimas palabras. Castellanos: la primera parte de esta etapa está cumplida; pero falta todavía muchísimo por hacer. Este meeting representa la alianza liberal consolidada, pedida por mí, ofrecida, sellada; pero en esas fuerzas que se han adherido hay algo que es preciso completar, y para eso necesitamos seguir hablando y seguir reuniéndonos. Mas hay otra cosa que me inspira mayor interés: me refiero a la situación de muchos de nuestros hermanos, los liberales en varias provincias de España.

En Navarra no pueden vivir los liberales; en Guipúzcoa tenemos, por medio de la unión de los liberales, la fuerza, y la hemos perdido; en Vizcaya, donde está Bilbao, la ciudad de los Sitios y de los triunfos, en Bilbao, por las desuniones y por las discordias, de una parte porque han perdido la abstención como medio más cómodo y de otra porque han ido haciendo el boicottage—y perdonadme lo brutal de la palabra—, para que todo aquel que no se asocie a ciertas ideas pierda su comercio; en Burgos, donde se está desarrollando la misma fuerza.

Es necesario, es urgente, es nuestro primer deber, correr allí para socorrer a nuestros amigos, para denunciar los hechos, para combatirlos luego en el Parlamento, para que sepan que no están solos—que por algo se ha formado esta alianza—, para hacerles ver que en todas partes tienen amigos y auxiliares, y denunciar estos hechos y sacarlos a la luz pública, y ó no es verdad que el oxígeno purifica; ó haciendo esto conseguiremos que desaparezcan estos gérmenes que no nos dejan vivir. Y a lo que yo he venido aquí es a sellar la alianza que nos permita hacer todo esto. (Grandes aplausos.)

Conclusión.

He concluido; he hablado mucho, mucho más de lo que yo quería; y he dejado de decir bastantes cosas; pero los días se suceden, las reuniones se multiplican, mis amigos tienen gran elocuencia y dones de persuasión y predicación se bastarán ellos solos para completar la obra. Yo no reuno a tomar parte en ella; hoy me es indiferente estar en la guerrilla ó en el centro del ejército. Vosotros habéis dado un ejemplo muy grande: habéis venido de todos los pueblos a la capital de Castilla; os trata la prensa, la prensa, la seguridad de la Libertad tiene en España defensores acérrimos.

Este solo acto vuestro, este solo concurso de voluntades, esta suma, este entusiasmo, son una fuerza, y una fuerza colosal, porque se traducirá en las urnas, en el período; y, no lo olvidéis, señores: esta fuerza necesita extenderse por todas partes, pues por todas partes nos asedian para disminuir nuestros medios, uno de los cuales, esta Prensa, es ya toda una fuerza de mala Prensa, precisamente porque es la que divulga las ideas.

Si con todos estos elementos, si con el ejemplo que habéis dado en Castilla esta noche se consigue realizar y llevar a cabo esta obra de salvación común, entonces, señores, ¿qué importa quién lo ha dicho? Los ecos lo repetirán; pero los resultados nacarán de la conducta, de la convicción, y los miembros liberales aplaudirán a los castellanos por la fuerza que no protestan hoy y por el entusiasmo con que nos ayudan.

(Grandes aplausos y vivas a Moret y a la alianza liberal.)

Detalles del «meeting»

(POR TELEGRAMA)

(DE NUESTRO REDACTOR SR. SUÁREZ)

Discurso del Sr. Alba.

— Valladolid 1. Momentos antes de las seis el Sr. Moret ocupó el sillón presidencial, teniendo a su derecha al Sr. Alba y a su izquierda al Sr. Queipo de Llano, presidente del Círculo Liberal.

Inmediatos a ellos están los Sres. Canalejas, Aguilera, Gasset, Rodríguez de Borja, Álvarez (D. Melquíades), conde de Romanones, Celleruelo, Suárez Inclán y Francos Rodríguez.

Hace uso de la palabra brevemente el señor Alba.

Comienza diciendo que en Valladolid está la divina cantera donde pueden descubrir los artistas de los pueblos la vena de una nueva nación. (Grandes aplausos.)

Castilla—añade—puede señalar el camino de la rehabilitación.

Saluda a los Sres. Canalejas y Melquíades Álvarez, como verbos del bloque, y a Gasset, en frases elocuentes.

En cuanto al Sr. Moret—dice—no necesito presentarlo.

Es un viejo revolucionario, es el de siempre, es el amante de la Libertad.

Canta un himno a Castilla, inspiradísimo y elocuente, y termina diciendo:

—Va a hablar el maestro pro y el jefe; la verdad está en marcha; vayamos todos detrás de él por la Libertad y por la Patria. (Gran ovación.)

A continuación el ilustre jefe de los liberales pronuncia el discurso que queda copiado.

Final.

Después del grandioso discurso del señor Moret dióse por terminado el acto.

Los comentarios continúan, vivos y apasionados, a la hora en que telegrafo; la impresión causada es excelente, y los elogios, unánimes.—Suárez.

Otras noticias

«Meeting» en el Círculo Republicano.

Valladolid 2. En el Círculo Republicano se celebró anoche un meeting, al que asistió enorme concurrencia.

Presidió el diputado provincial Sr. Fernández Cubas, que hizo una elocuente presentación de los oradores.

Don Tomás Romero encomió el discurso de Moret, diciendo que el ilustre estadista ha confirmado hoy en Castilla su acto de Zaragoza.

Don Alfredo Vicenti dijo, entre grandes aplausos, que en este movimiento liberal el partido republicano será a modo de un coactivo para la reacción.

Hablaron después en pro del bloque de izquierdas D. Alfonso González, liberal, y D. Juan Catena, republicano.

El Sr. Moret afirmó que en ningún país culto, fuera de España, existe ya el problema religioso.

Con nuestra campaña anterior—dijo—ocasionamos extramuros el proyecto de ley del terrorismo. Con ésta, echaremos otras muchas cosas. (Ovación.)

Entre grandes aplausos se levantó don Melquíades Álvarez.

Dijo que, aislados y divididos los partidos de la izquierda, eran débiles para vencer a la reacción; unidos todos, podrán más que ella.

Los republicanos no dejarían vivir en paz a los liberales si no cumplieran sus promesas, y ellos gobernarían con vilipendio, apoyándose en la Corona, fueran cómplices de la teocracia y de la plutocracia.

El discurso del insigne orador fué acogido con vivas y aplausos.

El acto terminó en medio del mayor entusiasmo.—Suárez.

El Sr. Moret en Valladolid.—Manifestaciones sobre su discurso.—Felicitaciones.

Valladolid 2 (1 t.). A las siete de la mañana levantóse el Sr. Moret, repuesto de la fatiga de su discurso de ayer.

Está satisfecho del resultado del acto, revelador de un entusiasmo que cree servirá para estrechar la unión de los elementos de la alianza liberal.

Su discurso, a su juicio, puede dividirse en dos partes: una de ideas, cuya realización acometerá sin reservas; otra de procedimientos, de los que sólo hablará en ocasión oportuna.

Ha recibido numerosos telegramas de felicitación, entre otros, de los Sres. López Domínguez y Paraiso.—Suárez.

Excursión a Simancas.—Almuerzo en el Círculo Liberal.

Valladolid 2 (3,30 t.). El Sr. Moret ha realizado esta mañana su anunciada excursión a Simancas.

Acompañándole los señores conde de Romanones, Requejo, Rivas, Roselló, Rosales, Suárez Inclán, Morote y los condeales maridillos.

La comitiva fué en ocho automóviles.

El Sr. Moret visitó el castillo y el Arco; fué obsequiado con un lunch, y regresó a Valladolid, después de repartir limosnas a los pobres.

En el Círculo Liberal se celebró después un banquete íntimo, con el que el Sr. Alba obsequió a los diputados y senadores.

Asistieron los Sres. Moret, Canalejas y conde de Romanones, entre otros.—Suárez.

Comisiones de la provincia.—El banquete de esta noche.

Valladolid 2 (5 t.). El Sr. Moret ha recibido en el Círculo Liberal a las Comisiones de la provincia venidas ayer.

Se reciben muchas adhesiones al banquete que ha de celebrarse en el frontón, y que promete ser grandioso.—Suárez.

LOS REYES EN SEVILLA

(POR TELEGRAMA)

La dentición del infante.—Los nuevos cuarteles.

Sevilla 2. El infante D. Jaime se halla algo molesto a causa de la dentición.

Por este motivo no dió ayer su acostumbrado paseo.

El Rey inaugurará los cuarteles de San Sebastián a fines de mes.—Gálvez.

Llegada del Rey.

Sevilla 2. En el expreso ha llegado el Rey D. Alfonso.

Le esperaban en la estación el gobernador y todas las autoridades.

Por indicación especial del Monarca no le fueron tributados honores.

Al salir de la estación se dirigió S. M., en automóvil, al Alcázar, siendo muy vitoreado en todo el trayecto.

No se ha acordado aún la hora en que saldrá el Rey para Algeciras y Ceuta.—Gálvez.

Las excursiones a Algeciras y Ceuta.

Sevilla 2. El capitán general ha tenido hoy una conferencia con el Rey acerca de la excursión que ha de realizar el Monarca a Algeciras y Ceuta.

Se cree que acompañará a S. M. un destacamento de la Escorta Real.

La ronda del Rey saldrá esta noche.

En cuanto al Soberano, marchará mañana; dicese que será a las doce del día ó por la tarde.

El Rey quería hacer el viaje en automóvil; pero se desistió de ello a consecuencia de las malas condiciones de las carreteras, en las que se practican actualmente reparaciones, y que—actualmente—reparaciones, y que—actualmente—reparaciones.

En las últimas horas de la tarde han salido para Algeciras y Ceuta.

Las Cortes

SENADO

2 DE MARZO

A las tres y veinticinco ábrense la sesión, presidiéndola el general Azorruaga.

En el banco azul, el presidente del Consejo y los ministros de Estado, Gracia y Justicia y el nuevo ministro de la Guerra, don Arsenio Linares.

La oración.

El presidente del CONSEJO manifiesta al Senado que, por motivos de salud, ha tenido el general Primo de Rivera que presentar la dimisión del cargo de ministro de la Guerra.

Hace elogios del general Primo de Rivera, diciendo que cada día de los que estuvo en su Ministerio ha dejado un grato recuerdo en sus compañeros, y elogia también a su sucesor, el general Linares, que ha desempeñado ya la cartera cuatro veces.

El Sr. RODRIGÁNEZ explica su interposición sobre esta crisis.

En su discurso, que la falta de espacio nos obliga a resumir en pocas líneas, recuerda las causas que produjeron la caída del primer Gabinete Maura, recoge varios datos que aseguran que el general Primo de Rivera estuvo en su Ministerio controlado, consigna que el éxito del viaje del Rey a Cataluña se debió sólo al general Linares, y habla del debate suscitado por el relevo de Martignetti, deduciendo de sus razonamientos que en algo más que en motivos de salud se ha fundado la dimisión del marqués de Estella.

El Sr. MAURA niega que haya relación alguna entre lo expuesto por el Sr. Rodríguez y la crisis.

Rectifican ambos oradores, insistiendo en sus manifestaciones cada cual, y se da por terminada esta interposición.

ORDEN DEL DÍA

Régimen local.

El Sr. CALBETON retira una enmienda al art. 40.

El Sr. PALOMO apoya otra al mismo artículo, que es desechada.

El mismo senador apoya otra al artículo 41, que es admitida en parte.

Al mismo artículo 41 apoya otra enmienda el Sr. SOL y ORTEGA.

El Sr. TORMO le contesta.

CONGRESO

2 DE MARZO

Se abre la sesión a las cinco y diez minutos, bajo la presidencia del Sr. Dato.

En el banco del Gobierno, el ministro de Fomento.

En cascadas y tribunas, mucha concurrencia.

Entra en la Cámara el Sr. Maura, acompañado del general Linares, que es presentado por aquél al presidente.

La crisis.

El presidente del CONSEJO DE MINISTROS dice que el estado de salud del dignísimo general Primo de Rivera, enfermo desde mediados del mes pasado, es la causa de su salida del Gobierno.

Presenta después a la Cámara al nuevo ministro, general Linares, de quien dice que sólo su nombre justifica la esperanza que en él pone.

El Sr. VILLANUEVA felicita al ministro entrante, y cree que el general Primo de Rivera no tardará en reincorporarse por completo de su enfermedad.

Censura que el Sr. Maura haya ocultado esta crisis, latente desde hace mucho tiempo, así como las causas a que la misma obedece.

La opinión pública ve estos motivos en el cambio de uniformes del Ejército, en el cambio de nombre de los mismos, en cierto proyecto de ley referente a la enseñanza militar obligatoria, y, más recientemente, en el nombramiento de autoridades de mando.

Si la opinión acertara, ¿no debería contrastarse la actual conducta del presidente del Consejo con la que observó en 1904?

El Sr. MAURA insiste en que no hay otra causa de la crisis que el quebranto de la salud del general Primo de Rivera, con el que no ha habido divergencias de opinión en el seno del Gobierno.

El Sr. VILLANUEVA rectifica insistiendo también en sus manifestaciones.

El Sr. AZCARATE interviene para afirmar que lo importante que conviene dilucidar es el concepto que tiene el Gobierno de las relaciones del jefe del Estado con los Ministerios de Guerra y Marina, que, en concepto del orador, deben ser las mismas que con los demás departamentos ministeriales.

El Sr. MAURA afirma que de todos los actos del Monarca responde el Gobierno.

El Sr. LLORENTE deduce del debate que quien queda mal no es el general Primo de Rivera, ni el general Linares, ni el jefe del Gobierno.

Queda terminado este debate.

ORDEN DEL DÍA

Se reanuda el debate sobre comunicaciones marítimas.

Desde Barcelona

(POR TELEGRAMA)

Varias noticias.

Barcelona 1. El alcalde ha recibido una carta del presidente de la Asociación de Labradores de Lugo dándole cuenta de la formación en aquella capital de un trust de negociantes de ganado vacuno, cuya consecuencia ha sido una baja de 25 á 30 pesetas por res y un aumento en el precio de las reses de Barcelona.

Propone el presidente de la Asociación que los compradores de ésta se entiendan directamente con los vendedores de Lugo, a fin de conseguir un abaratamiento de los precios y la supresión de los intermediarios.

Dijo Lo Poble Catalá que ha sido por negarse fondos por lo que el detective Arrow no ha podido desenvolver su misión.

Hablando de este asunto, ha manifestado el alcalde que es inexacto lo publicado por Lo Poble, pues puede probarse—añade—que Arrow tuvo y tiene siempre a su disposición una cantidad de importancia.—Mir.

Una salvajada.—Fiesta conmemorativa.

Barcelona 2. En la línea del litoral, cerca de Masnou, ha sido tirado uno de los trenes.

Varios de los proyectiles quedaron incrustados en los vagones, siendo milagroso que no resultase herido alguno de los viajeros.

Advertidos los mozos de escudaría, practicaron un reconocimiento en la línea, y cerca de ella encontraron una caravana de vagones, que le acompañaba como intérprete, que a última hora de la tarde han desfilado ante el Tribunal.—L. M.

Detenidos éstos, confesaron haber hecho

catorce disparos; pero sin dirigirlos a ningún tren.

Se celebró en Valls la fiesta conmemorativa de la batalla que, en el punto denominado Pont Nou, libró el general Reding contra las tropas francesas.

Celebróse una misa de campaña, a la que asistieron millares de personas.

El regimiento de Cazadores de Tetuán formó en columna, y dió guardia de honor una compañía del regimiento de Luchana.

Asistieron al acto el Ayuntamiento de Valls, Alcever y otros, y los alumnos de varios colejos.

Las montañas que circundan el histórico puente se hallaban atestadas de gente, ofreciendo un pintoresco aspecto.

El capitán general interino mandaba las tropas, y el general Ruiz Rañoy marchaba al frente de los somatenes del distrito.

Las autoridades pronunciaron discursos alusivos al acto, y por la noche se verificó la inauguración del alumbrado eléctrico en Valls.—Mir.

Telegrama del general Linares.—Bando bilingüe.—Una orden del Sr. La Cierva.—Desgracia.

Barcelona 2. El alcalde ha recibido un afectuoso telegrama del general Linares dándole cuenta de haberse posesionado de la cartera de Guerra, saludándole y rogándole salud al Ayuntamiento de su patria.

Ha publicado la Alcaldía un bando redactado en castellano y en catalán, dictando reglas para la vacunación.

El gobernador ha recibido una carta-circular del Sr. La Cierva recomendándole se ponga en comunicación directa con los pueblos de la provincia, trasladándose a ellos con su despacho oficial, para apreciar personalmente las necesidades de los mismos.

En aplicación de dicha orden comenzará el Sr. Osorio sus visitas de inspección por las cabezas de partido.

Le acompañarán el inspector general y los directores de Beneficencia, Sanidad, Obras públicas, Correos y Telégrafos, etcétera.

En el Gobierno civil se quedará el secretario.

El Sr. Osorio remitirá al ministro una Memoria por cada excursión.

Esta misma semana comenzará la tournée por Villanueva y Geltrú.

Ha sido encontrada muerta una mujer de setenta años, a cuya cama, en la que estaba durmiendo, prendió fuego un brasero.</

